

LA OBRA

PERIÓDICO DE IDEAS

Precio: 10 ctvs.

Trimestre: \$ 0.60

T. Antilli y R. González Pacheco

Valores y giro a nombre del administrador:
R. H. DIAZ, Terrero 471.

En la línea...

Como enhorquetarse y cerrarle las piernas a un «tango» joven y piñafader, abierto de narices, ancho de pechos, de macizas grupas, delgado de piernas y de firme y dura vasadura, lavada por el rocío de los pastos. los broches de la vida han de cerrarse, apretarse sobre algo. Como nacer y crecer, esto es preciso; en esta imagen campera, de una vida ágil, activa, desperezada y fortacha, hay toda una filosofía de afirmación, cuyo gusto nos invade y nos penetra. Si! Montar potros de los más malos, de los que apean o voltean a todo el mundo; luchar, no intimidarse, y vencer; ir a todas partes sinetas en su potro, que no se «sienta» con la carga, ni se arquea ni se blandea; y a todo esto con los broches de la vida cerrados sobre algo, un pensamiento o una revolución —; he ahí una cosa que nos invade y nos conquista como una idealidad... Lo que tenemos en la mano, — nuestras ideas sociales: los anarquistas —, lo apretamos como patita de sangrejo que se cierra en tenaza. ¡Más bien que nos hacen las manos, nos cercenan la cabeza, nos rebanan todos, antes que largarlo! Esto es fuerza.

Y nuestro lazo es largo, y cae o se desenvuelve en lazadas justas; y, como todo, es resistente, tiene la misma fuerza, aunque se estire como alambre o como cuerda de guitarra, como hecho para arrastrar toros de los cuernos...

Esto somos los anarquistas. Hemos desterrado toda pusilanimidad. Le hemos cerrado las piernas al potro bravo y volteador de la revolución social. Nos mantenemos siempre en la línea de esta revolución, que es lo importante. La tendremos cuando hayamos marchado hacia ella lo suficiente para alcanzarla, como tuvo Colón el mundo de la América cuando navegó bastante para encontrar su tierra. Como seguridad, esto nos basta. Con mantenemos en nuestra línea, tenemos sobrado y bastante. ¡Ya para esto es necesario enhorquetarse y cerrarle las piernas al potro! Ya, también, hay gente que nos mira al otro lado de los almbrés... Con los miranes no se montan los potros, no se da vuelta la tierra, no se hace la revolución.

Hermanos, hemos de decirlo lo siguiente: más vale tinal con fruto que palma de adorno en una maceta. Por lo tanto, si no sois más que tunales: ¡apretad, cerrad el broche al higo o fruto de la tinal! No lo abráis, no lo debilitéis por nada; no aflojéis el cerco de hierro que mantiene unidas las ánimas de la barriaca; apretad más con éste, e hinchad la madera como en un recipiente lleno... Cuando se sigue un

camino derecho, no se mira atrás ni a los costados. Hay que cuidarse de los que bifurcaros pretenderían en la tortuosidad. Y acordados de aquello del Evangelio: el que miró atrás, porque todavía se sentía atraído por ella o le daba pena abandonarlo, se convirtió en estatua de sal, y vino la lluvia y la destruyó... Hay hombres así, cuya función única, en la línea o el camino de

la revolución, es la de derretirse en agua salina que quema o destruye las raíces de las plantas. ¡Cubrid de fruto nuestros tunales! No os dé pena el mundo social que abundará para marchar al comunismo anárquico. No os convirtáis en estatua de sal en medio de nuestros caminos, para secar aún nuestros tunales: ¡tan pobrecitos frutos como tenemos todavía!

EL CORAZÓN



Como escucharías una de esas caracolas que guardan en su interior el dolor de siglos del mar.

Pon así al oído tu corazón. Y si nada oyes, arrojalo de ti. Más si encuentras en él un eco del dolor inmenso de ese mar humano, que lucha inútilmente por destruir los prejuicios alzados como rocas para detenerle, entonces Hermano, no vuelvas a guardar tu corazón en el pecho.

Pónlo sobre él.

Que así será tu escudo.

Dib. y texto de Ramos

Los carteles del camino

Paisajes...

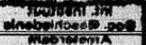
No porque sino esté dispuesto, siempre, hasta en sueños, para dar vuelta este mundo, para volcarlo como a una copa de sangre, ha de ser, precisamente, seco y sordo a la belleza, incómodo al paisaje. También tenemos nosotros corazoncito... Quizás, en definitiva, no seamos más que eso: impredecible, como el mundo que se estremece ante el dolor de los hombres como ante el frío, que se arrebata y que vibra ante la eterna injusticia como un manojo de nervios en una hoguera...

Un compañero de Córdoba, venido de Santiago de Chile, a pie, a través de las cumbres, orillando precipicios, flaco de fiebre y de sueño, me contaba... ¡No me contaba sus penas, no! Me contaba de su asombro frente a las montañas blancas, a la faz de los abismos, ante las oscuras aguilas, que parecían, en la noche, volando sobre los cielos, mariposas que libaran, en vez de flores, estrellas. Seguro, si hubiera muerto, sepultado entre la nieve, o roto entre los picachos, este hombre habría caído con un pedazo de aquel panorama andino aprisionado, como en un puño, en los párpados...

Si, señor, somos así: Tenemos también nosotros corazoncito. De ahí que mientras el tren marcha, gozamos de ver las cumbres lanzadas como protestas al aire, y los ríos que caen, se apuran para ir a besar con labios dulces la boca amarga del mar, y en fin, la llanura verde, desvuelta y ondeadora como una alfombra coigada desde el balcón de los Andes. Todo esto nos sobrecoge o nos alza, nos hunde o nos desparpama, tal que a una carne desnuda, el frío o el fuego; sí, sí.

Sólo que ahora, interpuso entre nosotros y aquello, como salidos del sueño, en pilas sucias y hiedonosas, oscureciendo los vidrios, manchando los panoramas, se levantan y se agitan, latidos como resacas, nuestros hermanos, los pobres desocupados. A través de la república, el tren no hace sino que bordar precipicios de miseria, cruzar bahes de desgracia, y entrar en las estaciones lo mismo que a campeonatos de perdidosos. No se ven más que manos pedregadas, cuerpos doblados, rostros que parecen trapos de basureros. Despojos, dolor, infamia...

Es el paisaje argentino. Obra burguesa, capitalista, estatal. Frente a él no son emociones de arte que nos invaden. No nos sentimos estetas, precisamente. No vemos nada de nada. Solo desemos tener, como una copa de sangre, el mundo en la mano. Para volcarlo y patearlo... ¡También tenemos nosotros corazoncito, ca... nastos!



Me voy ¡pal Norte

Somos legos. Nuestra ciencia es nuestra planta. Pero, plantados, sabemos acomodar nuestra vida, clavarla en forma que, aunque dios se torne diablo, para movernos tendrá que empujar un rato.

Para estas cosas de afirmación, de energía y de carácter, valemos casi lo mismo que un rancho, un toro o un árbol. Tierra pisada, es como mejor poseída. Papel escrito, es lo que camino abierto a hacernos. Discursio o proclama nuestros son como ríos desahogados de corason de un paíisco.

Y somos legos. Cualquiera sabe, seguro, más que nosotros. Nuestra ciencia es nuestra planta. Más, toquen, golpeen, repunjen, y verán si resisitimos plantados!

—¿Con qué abogado, eh? — No, señor, no. — Médico, entonces? — Cerambé, menos aún. — Ahí sí, ya calló; periodista, intelectual, profesor,...

En esto andaba desojo que abandoné Buenos Aires: disculpandome. — Pero, ahora, aquí es peor que peor: ni falta que hace que me interroguen tampoco. Todo Santa Fe es una sola chapa de bronce: no hay familia que no tenga tres o cuatro de sus miembros titulados.

Trataré de huir enseguida. Tengo como 7 pesos que son de «La Obra». Y yo soy lego. Mi ciencia es solo mi planta. Y no obstante estar seguro de que una vez bien plantado, aunque dios se torne diablo, para moverme tendría que empujar un rato, tomo que me roben algo.

Miro de reajo las chapas. Me parece que los títulos se desatan de los bronceados manes. Abogados, abogados, abogados,...

Ahí, no. Yo soy criollo y las «desconfío». Me voy ¡pal Norte, más adelante...

Orangutanes

Los paleontólogos determinan a sus tipos en la escala biogenética, más que por el contenido, por el contenido. Tal talla; postura, cual; ángulo faciales; ésto; capacidad craneana, aquella otra; posición locomotriz, así; potencia nerviosa, así... Y ya estuvo: eso les basta para establecer el medio, la rama, la época a que pertenece, en el árbol de la vida, un mono, un hombre o un gato.

No parece una injusticia. En verdad, creemos nosotros que sus fichas son casi más arbitrarias que las de la policía. Esta también cataloga las aprencias, juzga las fachas, castiga o premia por solo la catadura. — Pobre, su cuido, productor: ¡desgraciado!, dice. Me-

lento, corbatado, sombrero: ¡anarquista!, grita. Más allá de ésto, los otros, del rufián al comerciante, y de éste al dueño del campo, de la fábrica o la mina, son para ella, caballeros, señores, mestades...

Otra injusticia. El continente es lo de menos; lo más debleran ser las ciencias con que se llena; como quien dice, el instinto: esa llama vital que arde, lo mismo en un esqueleto rudo y áspero al tacto, que dentro del cuerpo selecto, tibio y rosado. Por eso, que es lo primitivo y primario, es que ha de llegar al tipo quien desee catalogarlo o ficharlo. Así también tornarían más novedoso y ameno al oficio de perro o sabio.

A mí, que apenas me llamo Juan, me lo ha tornado. Yo digo: ¡qué arde dentro de un señor que se dedica a golpear trabajadores, a perseguir vagabundos, a quedarse con todo lo de otros, hasta con las miserias que apropian los infelices ladrones!... ¡Arde la llama, la furia, el instinto, en fin, el alma de un orangután flagrante!... Y bien, señores: entonces todos los comisarios son monos orangutanes.

Y la novedad, la amonidad es esta otra: que los hay de continente marcial, ventrados como renistas; negros y oliendo a opponax o colouna, como emucos; de gollita y bota fuerte, como hacendados. Y hasta recitadores, pianistas, dados a hacerse los líricos... Pero, todos, frente al pueblo, tras de los hombres rebeldes, al lado de los burgueses, son solamente una cosa: orangutanes.

Su contenido es bestial. Y aún cuando el propio Ameghino les tomara las medidas y me dictara: postura, tal, talla cual; ángulo faciales, ésto; gaja craneana, aquello otro; posición locomotriz, así; potencia nerviosa, así; y concluyera: en suma, hombres... Qué quiereron... yo apenas me llamo Juan, pero le protestaría: ¡pones! Eso será el continente. ¡El contenido, don Floro, es un mono orangután!

Amigo! De algo ha de valerle a uno haber tratado tanto a los comisarios. Ahora mismo, mientras el tren me mete en Santiago, siento que la pregunta primera que haré a los que me reciban, será ésta: ¿y, qué tal? Como andan por aquí de orangutanes?...

R. GONZALEZ PACHICO Santiago del Estero

La ley social

Mientras los proletarios, el pueblo oprimido esperan siempre una franca liberalidad de los diputados; los capitalistas, los privilegiados, los amos de la sociedad y del proletario, esperan cada vez saneamientos más energías, más radicales, de conservación o de preservación. De las dos esperanzas en la acción de los parlamentarios o del parlamento, únicamente la segunda se cumple, tiene siempre razón, porque el parlamento es una institución burguesa que ha inscripto todos los fines de orden o de conservación de la sociedad, de los cuales no puede salirse, pues no es una institución revolucionaria. De manera que el parlamento, siem-

pre, a penas sea reclamado por las circunstancias, dictará estas leyes o estas sanciones de preservación o de conservación de los poderes o privilegios de la sociedad, y hundirá o desautorizará todo acto o toda intención contra ellos, aunque sean justísimos, aunque sean una libertad o un clamor de la verdadera voz o la libertad es lo que no puede consentirse, siendo que en realidad nosotros somos y debemos permanecer esclavos! El parlamento entenderá de la ley necesaria de esta esclavitud: he ahí toda la revolución del parlamento. Así son todas sus leyes; y ésto es lo que hemos de ver en sus códigos que tratan de nosotros, los códigos penales de que es armada la justicia, como a Júpiter con el rayo, y que en su articulado señalan todo lo que no le es lícito hacer al esclavo, al pueblo, jugosa presa de monopolios y de privilegios: ni intentar ni intentar contra ellos; ni reverterse contra la ley o un orden de cosas que le oprime; ni reunirse sin consentimiento, sin vigilancia, y sin intenciones leales para el regimen, — correctas para la ley —, a tratar de sacudir los yugos sociales, como se sacudieron los anteriores, siempre por las revoluciones; ni atropellar ni matar, sobre todo a los amos, cuyas vidas son preciosas para la sociedad; ni robar a éstos; ni erguir la cabeza y menos rebelarse contra todo aquel que represente, como el capataz antiguo armado del látigo, el poder del amo sobre el esclavo; nikundir el mal ejemplo, o abrir el corazón al rayo de una esperanza, que siempre alienta en el pecho del esclavo, de derribar al fin la esclavitud, haciendo la «apología» de actos de hombres del pueblo contra hombres del poder, considerados los peores, los más inauditos crimenes del opreso o del esclavo, que debe conformarse con su opresión o esclavitud, por los códigos o la ley...

Esto es lo que en realidad debe salir y ha salido siempre de los parlamentos. No ha de esperarse de ellos liberalidad, sino una afirmación de nuestra esclavitud. Toda su liberalidad — se reduce a lo más — a un cambio de hoja, como ahora la derogación de la ley social para ponerla en el código penal. Y aún a éste se agregan nuevos artículos numerosos de la ley de los esclavos, que la conservación en la esclavitud, requiere sean clasificados como delios.

Delito es lo que prohíbe la ley... Difundir LA OBRA es hacer obra revolucionaria

Impuesto único y anarquismo

Se habla, se agita, se hacen continuamente publicaciones sobre el Impuesto Único. Y nadie puede ser con exactitud, a través de todas esas publicaciones, en qué consiste en realidad el «Impuesto Único». Pareciera, según la dificultad que tienen para hacer comprender de que se trata, claro y sin eufemismo, como sería necesario para tener una idea verdadera de esa teoría, que ni los mismos que la sustentan la comprenden ni saben de lo que se trata claramente. Continuamente nos llegan cartas de compañeros, que, a pesar de leer con la mejor atención y buena voluntad todo lo que se publica de «Impuesto Único», quieren que los expliquemos qué es al fin esta teoría, que no se puede saber cuál es.

Confesemos que nosotros tampoco no la entendemos bien. Se trata indudablemente de un sistema impositivo, y en este punto debemos declarar nuestra ignorancia. No hemos estudiado jamás los sistemas impositivos, rechazados de plano todos, como también a todo el Estado. Esto es lo que, en nuestra ignorancia, hemos podido comprender de la lectura de esas publicaciones.

El impuesto distribuido con justicia, o también con inteligencia, nos parece que es toda la revolución que pretende hoy el «Impuesto Único». Gravar a la tierra ociosa, con el impuesto equiva- lente al aumento de valor que adquiere al lado de la tierra trabajada, o por las obras que son los caminos de hierro u otras de beneficio o de importancia pública; por este medio, se asegura que vendría la desaparición del latifundio y una subdivisión de la propiedad territorial, cargando el peso mayor del impuesto sobre aquella tierra que no se trabaja, que es solamente propiedad. El «Impuesto Único» tendría, que ser hoy un impuesto uniforme sobre todas las tierras colocadas en la misma condición, se trabajen o no se trabajen; y acaso podría excluir de todo impuesto a la pequeña propiedad, que bastara para el trabajo o el cobiamiento de un hombre o su familia; sería también «único» en el sentido de no gravar con otras tasas el producto o el valor del trabajo del hombre. (Esto a lo menos lo deducimos de la teoría, aunque no sabemos cómo se arreglaría con los otros trabajos que no son de la tierra, con el comercio por ejemplo, que presuminos serán exencionados de impuestos, o con el consumo, que hoy suministra la renta principal de las aduanas. La entrada más importante de los gobiernos.

En todo caso, concretándonos solamente a la tierra, para no ser en exceso difíciles, el «Impuesto Único» tendría su rata marcada hasta reabsorber por el Estado, y para la colectividad, — es un decir no más, pues no ha de confundirse el Estado con la colectividad sin incurrir en el error de todos los que confunden al pueblo con el gobierno, como su honesta una cosa antagónica —, toda la gran propiedad ociosa, el sobre valor, en metálico o en la misma propiedad, adquirido por ésta debido a la tierra que se trabajó a su lado, o a las obras representadas del esfuerzo o el trabajo de las generaciones.

Pero aquí surge para nosotros la objeción de fundamento. Toda ley no se funda en el interés, o puede ser metálico que no tendrá valor por no estar representado por productos o frutos genuinos; todo ésto no es más que la pro-

riedad, cosa que aún tiene valor hoy, pero que no será nada para el Estado, nada más que propiedad. — Las leguas y las leguas jamás serán las leguas, mientras todo impuesto o todo producto debe salir realmente, para ser efectivo, de la obra o los esfuerzos del trabajo. Entonces les quitaremos a los latifundistas sus tierras: ¿pero con qué alimentaremos al ejército inmenso de los funcionarios del Estado, cubriremos la realidad de sus presupuestos, sino con las obras o los productos del trabajo? He ahí, pues, que luego que se absorva la propiedad, o el monetario, que es trabajo acumulado, crédito sobre el trabajo de otros que se ha procurado el capitalista, tendremos que el impuesto deberá cargar nuevamente sobre el trabajo, sobre el que en realidad no ha caso de cargar mientras aborve el crédito sobre el del capitalista. Y así, es inútil pensar en hacer pagar algo al ocioso, al que no hace nada, porque esto nada tiene; y este crédito del capitalista o del propietario sobre el tra-

jo nuestro o de nuestros hijos, es odioso, y en vez de imaginar que lo extinga de una manera de otra, — pagándolo siempre nosotros, tan fielmente como hasta aquí —, debemos pensar en observar, en no pagarlo ni al último: en desconocer ese crédito, en proclamar-nos libre de la propiedad, y libros también del impuesto y del Estado. Es lo que hacen los anarquistas. Éstos significan el desconocimiento de todos los créditos del capital sobre el trabajo; quieren que el trabajo no pague nada de este usura; que se destruyan ellos sin indemnización; quieren la revolución de la propiedad y la revolución del Estado también. Quieren el comunismo anárquico sobre todas las tierras tomadas para la humanidad, y no la lenta, ma evolución por un sistema impositivo que, en el mejor de los casos, exigirá trabajar aún mil años para rescatar todos los créditos que ha tomado sobre nosotros el capitalista, y que es nuestro deber no pagar, rechazarlos de plano...

HEBREOS

Nuestro sueltito «Hebreos», publicado el número anterior, ha provocado la carta abierta de Sparto que copiamos más abajo, tomándolo del diario «Idea Nacional» donde apareció publicada. De ella aceptamos, sin mayor repugnancia por nuestra parte, el calificativo de quiméricos con que se nos obsequia, o más bien se nos juzga por nuestras ideas; y con su anterior valor la parábola que se nos dedica, y con la cual se pretende probar el derecho que tienen los hebreos a contemplarse también el ombligo su media hora diaria, — según el famoso remedio —, como les es lícito el hacer «a los demás», con las tierras colocadas en la misma condición, se trabajen o no se trabajen; y acaso podría excluir de todo impuesto a la pequeña propiedad, que bastara para el trabajo o el cobiamiento de un hombre o su familia; sería también «único» en el sentido de no gravar con otras tasas el producto o el valor del trabajo del hombre. (Esto a lo menos lo deducimos de la teoría, aunque no sabemos cómo se arreglaría con los otros trabajos que no son de la tierra, con el comercio por ejemplo, que presuminos serán exencionados de impuestos, o con el consumo, que hoy suministra la renta principal de las aduanas.

En todo caso, concretándonos solamente a la tierra, para no ser en exceso difíciles, el «Impuesto Único» tendría su rata marcada hasta reabsorber por el Estado, y para la colectividad, — es un decir no más, pues no ha de confundirse el Estado con la colectividad sin incurrir en el error de todos los que confunden al pueblo con el gobierno, como su honesta una cosa antagónica —, toda la gran propiedad ociosa, el sobre valor, en metálico o en la misma propiedad, adquirido por ésta debido a la tierra que se trabajó a su lado, o a las obras representadas del esfuerzo o el trabajo de las generaciones.

Pero aquí surge para nosotros la objeción de fundamento. Toda ley no se funda en el interés, o puede ser metálico que no tendrá valor por no estar representado por productos o frutos genuinos; todo ésto no es más que la pro-

injusticia y la iniquidad verdadera... Tal pasaria, por ejemplo, de sombra de tristeza, de anublamiento para nosotros, si un hombre, un anarquista, después de haber sufrido mucho por la iniquidad de la sociedad y la opresión del Estado, redujera o concretara su aspiración, no a la desaparición de la injusticia que a él le ha herido o le ha machucado en carne propia, sino a no sufrir más y por el contrario desquitarse y gozar, obteniendo una reclassificación entre los opresores o los verdugos. Nosotros no negáramos este derecho o si se quiere este desquite; pero ¡ay!, esta aspiración, este ideal, no el que corresponde a un hombre que ha sufrido la perversidad del sistema y la maldad de los sayones. Vosotros, hebreos, habéis sufrido más que nadie la maldad de las patrias, y el nexo infuso de los Estados, dónde, por é! o sean las leyes dictadas para la salud del país, habéis sido siempre considerados extranjeros de la humanidad. ¡Lo sois hoy de todos los Estados que oprimen, y que a vosotros os oprimen también, y de todas las patrias que forjan invidias, os conquistas y que se dueguelan, se destronan en la guerra! Es una fortuna para vosotros. Extranjeros de todo éso — como los anarquistas, también — y también — en vosotros podía haber la voz de la humanidad; pero he ahí que solo aspiráis, en desquite de lo que se os ha oprimido, perseguido, por todos los asyones, verdugos, perseguidores, a ser aceptados, reclassificados con un Estado, — una patria — vuestra entre ellos; a entrar en el concierto de las naciones con una intencíon vuestra entre ellas que os han maldadido, que no pueden producir otra cosa que les que a vosotros os han golpeado; a hacer de propios hermanos vuestros, extran- jeros de vuestras leyes en vuestra misma patria, como lo éis vosotros en la agenda, y como lo éis el proletario en todas partes...

Esto es lo que decimos a cada hebreo, pues cada hebreo ha de reflexionar y poner su ideal dónde lo sea mejor. Y en cuanto a la acusación de dogmáticos, ella es una esponja empapada en vinagre aplicada a una herida abierta injustamente. Sin ningún dogmatis-

mo hemos hablado. El dogmatismo corresponde a los doctores, y es como la teología a la religión. Hemos hablado sencillamente de ideales. Vosotros, hebreos, también... Vuestra patria es un ideal nada más, como lo es para nosotros la humanidad, y no la habéis sostenido ni defendido con dogmas, como hacen aquí, por ejemplo, los doctores en la universidad. Recién seréis dogmáticos, cuando dejéis de ser idealistas. Ahora no séis vosotros, ni nosotros, otra cosa que idealistas. Hablamos de ideales, hebreos, nada más que de ideales; hablamos del vuestro y hablamos del nuestro. El vuestro nos produce dolor, anublamiento, tristeza, porque nos parece pequeño, — como una reclassificación nuestra con la burguesía —, para vuestra experiencia de sufrimiento con las patrias y los intereses de las sociedades actuales. Nada menos que un ideal anarquista nos parece apropiado para los hebreos.

He aquí, ahora, la carta abierta de Sparto, copiada íntegra:

A un quimérico (Carta abierta) Oye, amigo: «Por qué tan bellas, tan justas, tan santas palabras, como las de tu «Hebreos», han de naufragar tan lamentablemente en la vulgaridad de una conclusión desastrosa para la razón, como la conclusión a que arribas?

Somos, posiblemente, antagónicos en nuestra concepción social. No tanto, sin embargo, como lo imaginamos, pues si queremos el bien de la humanidad, el bien de la humanidad es lo único aspiración. Vamos, pues, a lo mismo, por dos caminos distintos.

Y quiero hoy decirte, porque te quiero como a un hermano, como quiero a todos mis semejantes, que el dogmatismo es tan absurdo en sí, que sus expresiones extremas de la libertad, como en el más encarnizado enemigo de tus teorías.

Eriges la libertad en dogma ciego, olvidando que la inttransigencia es otra forma de la esclavitud. Piensas con un cerebro que desarroja su actividad intelectual en el año 3000, no recordando que vivimos en el año 1917.

Escucha, oye la parábola que no dijo Jesucristo: «En un vasto continente, veinte puertos de raza y costumbres distintas deseñan sus actividades, pretendiendo todos marchar hacia el progreso.

«Un día, una gran epidemia asoló a todo el continente. «Los médicos, demostrando con ello que la ciencia estaba lejos de llegar a la perfección, sólo lograron descubrir el modo paliativo de la enfermedad, que hacía grandes estragos. «Este modo consistió en que cada habitante se contemplase el ombligo durante media hora diaria, y con esta consecuencia remediar el mal hasta el día siguiente. «Diseminada por todo el continente, hallábase una raza que no había podido establecerse en ninguna parte, y en todas partes sus miembros eran admirados como intrusos, perseguidos, maltratados, esclavizados hasta el punto de no ser admitidos en ningún lugar. «Y en cuanto a la acusación de dogmáticos, ella es una esponja empapada en vinagre aplicada a una herida abierta injustamente. Sin ningún dogmatis-

que fuera en parte, como los demás, a él. «Habrán bien; en los veinte puertos se habian formado los grupos de individuos que, no conformándose con el paliativo descubierto por la muy relativa ciencia médica, habianse declarado francamente rebeldes a la prescripción que les ordenaba contemplarse el ombligo. «Alegaban que eso, en primer lugar, no era digno de hombres; y que, por otra parte, sólo calmaba el mal, sin curarlo. «Aterrados a esa idea, opanan una resistencia tenaz a la orden de mirarse el ombligo, convencidos de que ellos encontrarían el remedio radical. «Mientras tanto, seguían sufriendo los efectos del mal, a la espera del anhelado remedio, que nunca venia. «Y pretendían que todos hiciesen como ellos, que nadie se contemplase el ombligo. «A lo que los otros cedían oportunamente, como es natural, pues no querían sacrificarse a una esperanza que de esperanza no pasaba. «Un buen día, los miembros de la raza perseguida, aprovechando la oportunidad de circunstancias que ponían favorecidos, levantaron su voz, pidiendo se les concediera el derecho de mirarse, ellos también, el ombligo. «Y los rebeldes fueron los primeros a oponerse. Les dijeron: «Vosotros, que jamás os habéis contemplado el ombligo, y habéis sabido resistir los atroces sufrimientos de la enfermedad, hasta la fecha, ¿por qué queráis hoy contemplaros? «Y ellos respondieron: «Porque no queremos sufrir más. «Y los rebeldes repusieron: «¡Esperad el remedio que nosotros encontraremos, y que será el remedio radical. «Y ellos contestaron: «Bien. Lo esperáremos; pero mientras él no llega, queremos contemplarnos el ombligo para disminuir nuestro mal y hacerlo más llevadero. «Pero los rebeldes no comprendieron demostrando que su justa aspiración de un remedio eficaz se había hecho odiosamente injusta por su intransigencia, que no admitía el empleo de un paliativo y exigía que todo el mundo sufriese hasta el día en que el remedio fuera descubierto y aplicado.»

He ahí la parábola que no dijo el apóstol de la toga roja, porque no previó que un día la inttransigencia hiciera de la justicia, injusticia.» SPARTO

«Los médicos, demostrando con ello que la ciencia estaba lejos de llegar a la perfección, sólo lograron descubrir el modo paliativo de la enfermedad, que hacía grandes estragos. «Este modo consistió en que cada habitante se contemplase el ombligo durante media hora diaria, y con esta consecuencia remediar el mal hasta el día siguiente. «Diseminada por todo el continente, hallábase una raza que no había podido establecerse en ninguna parte, y en todas partes sus miembros eran admirados como intrusos, perseguidos, maltratados, esclavizados hasta el punto de no ser admitidos en ningún lugar. «Y en cuanto a la acusación de dogmáticos, ella es una esponja empapada en vinagre aplicada a una herida abierta injustamente. Sin ningún dogmatis-

He ahí la parábola que no dijo el apóstol de la toga roja, porque no previó que un día la inttransigencia hiciera de la justicia, injusticia.» SPARTO

HOMBRES EN EL CUARTEL...

No hay ley, no hay código, no hay disciplina que pueda quitarnos el derecho a indignarnos justamente, cuando vemos cometer un crimen, una brutalidad o una injusticia. Nuestra sangre se sube a la cabeza, sin duda porque el espectáculo de un crimen nos produce una especie de locura como aquella que está poseído el mismo criminal; nuestras venas estallan; olvidamos toda conciencia y todo respeto hacia aquel que al mirar, presencia como nosotros, se esfuerza, y se saciare sobre el cuerpo triste de un hermano. Entonces, si no podemos otra cosa, porque a nosotros mis-

mos se nos ha encadenado o reducido a la impotencia, como a un preso en la cárcel o al soldado en el cuartel... sino tenemos más que horrorizarnos y presenciar, un grito, una enorme grito, la protesta de nuestra humanidad indignada o también horrorizada; un grito que cuide a la tierra que a ella misma en lo hondo la hace estremecer, que la atraviesa las sienes como un estorbo para su obra intica de criminal, que le pone fuera de sí y enloquecido le hace volverse a cerrarlo de cualquier manera, a hacerlo callar, a ahogarlo, su, be de nuestro pecho, asciende a nuestra garganta, y por fin sale de nuestros labios, detonante, formidable, llenándolo todo, atrayendo toda la atención hacia sí: «asesinos!»... Se ha producido esa locura que invade a algunos hombres vertiginosamente ante la locura del crimen; el que grita es un loco, un verdadero loco, en cuyos ojos, desmesuradamente abiertos, salidos de las órbitas, está todo el horror, el santo horror, del crimen o el asesinato que han presenciado; no queda más que este grito, y loco doblemente por él el criminal, a él escude para acarlo, para hacer cesar su propia horrorización o su propia locura. Tal pasó con el soldado Lucero, que poseído del horror del crimen que veía cometido ante sus ojos con el cabo Rodríguez, gritó: «asesinos!» El comandante Ceballos, que aplicaba golpes de puño en la sienes al cabo Rodríguez, que no quería dejarse cortar el pelo porque le dola la cabeza, porque estaba muy sorprendido, estremecido por este grito, que le horroriza, le enloquece de nuevo más fuerte, mandó apalear al soldado Lucero, hasta que cesara en sus gritos, hasta ponerle un candado en la boca, hasta hacerlo callar...

Y vino el proceso, ante la autoridad militar, del soldado Lucero acusado de indisciplina, y el comandante Ceballos, acusado de haber mandado aplicar castigos corporales al soldado Lucero. Por el cabo Rodríguez, muerto de un síncope, — puñetazo —, se sigue aparte otro proceso... La autoridad militar acaba de expedirse en el proceso del comandante Ceballos y del soldado Lucero. A éste no se le prueba que fuera el que gritó: «asesinos!», cuando vio cometer el crimen con el cabo Rodríguez y el comandante Ceballos, que estuvo bien mandando aplicar castigos corporales al soldado Lucero, porque creía que era él que había profirido tal grito, y en esta forma pretendió velar por el orden y la disciplina en el ejército.

Ah! conscriptos, proletarios, hornados nuestros, ¿cuánto os extraña el cuartel! desentranza la afirmación de la autoridad militar. Palos de ciego del comandante están siempre bien; y veáis lo que veáis en el ejército, por mucho que ello os horrorice como un crimen, vosotros no debéis sentir la locura, el santo horror del crimen; no debéis gritar «asesinos!» nunca...

Pero, gritad no más contra la afirmación de la autoridad militar, y aún cuando os sea posible, detenid o arrestad al criminal. Es un derecho de hombre que debéis conquistar vosotros. ¿Pues qué, dejaréis que os maten y que todavía os repriman, si manifestáis el horror o la protesta del crimen? Esto debéis imperarlo vosotros directamente; nadie lo impondrá sino vosotros. Si habéis tenido marido o representantes vuestros de todas las designacio-

nes al poder, y aún del poder no se os dice otra cosa que «palos de ciego del comandante están siempre bien, y que vosotros no sólo no podéis detener ni arrestar a un criminal que a vista y paciencia vuestra asesina o golpea a uno de vosotros, sino que ni aún podéis gritar: «asesinos!», cuando todos

La gira de Pacheco

Por la Anarquía y "La Obra"

En Cruz del Eje, Bell Ville, Marcos Juárez, Santa Fe y Laguna Paiva

¡META Y META!

Se hace lo que se puede. Y cuanto más se hace, seguro que es un poco más lo que se puede. Llevamos viento en los trapos, presión de aguas tumultuosas en los flancos, y la voluntad segura, en punta, rajadora de las olas, como barco marinero, y veterano.

Vamos y vamos para adelante. Partimos con un arado la tierra. Queda sobre nuestros pasos, la línea negra del surco recién abierto, calentito. Parece un párrafo.

Un poco de fe romántica nos envuelve. Un vago tinte, el resplandor del sol que nace, nos tinte. Y un alto viento celeste, seco y fuerte, nos sacude. Nos creemos, a veces, lingotes de acero gris y a veces, bellotas, doradas espigas. Siempre cosas de sembrar, hacer o reproducir.

Se hace lo que se puede. Pero de lo hecho surge una enseñanza maestra, casi apostólica para el gobierno de nuestra vida. Es esta: sólo en la acción, en el esfuerzo, en el hecho, podremos hallar consuelo, alegría de vivir, razón de ser y afirmarnos, los anarquistas. El pensamiento es la mitad de la vida; la otra mitad hay que buscarla en el surco, desenterrarla y blandirla. Y para esto no hay más remedio que yugarla, arrempujar y meterle. Ahora le estamos metiendo...

Nuestra gira parte, divide en dos la república. Queda sobre nuestros pasos, la línea negra, recién abierta del surco. Como un párrafo anarquista.

En Cruz del Eje

Tres conferencias se realizaron en esta localidad, el 15 y el 16 de Agosto, todas ellas concurrencias de obreros, en su mayoría ferroviarios. La primera en el hotel de Barbero, cuyo salón resultó chico para contener de pie a los que fueron a oír al delegado de «La Obra». Presentó a él este el camarada Ovejero en cálidas frases revolucionarias. Pacheco habló de la *Cuestión social* durante una hora.

sentís el horror y la protesta del crimen! Pensad, hermanos: casi no os queda clase ni variedad alguna de diputados que enviar al congreso ni de gobernantes que os hagan vuestra justicia desde el poder; y todavía estáis en esto, en tan triste condición, sometidos a una ley y un criterio tan bárbaro...

La segunda se realizó en el local de la Federación ferroviaria. Hablaron también Ovejero y nuestro delegado. Este sobre *Organización*.

La última tuvo el concurso del centro recreativo «Jorge Newbery». —Representóse el juguete cómico «Monigotes» y el monólogo «No me hable de la guerra». Cerró el acto la conferencia de Pacheco sobre el tema: *El arte y el pueblo*. Las tres fueron concurrencias y también aprovechadas para distribuir «La Obra» y alentar en los obreros el ideal de sus reivindicaciones.

En Bell Ville

Organizada por la Sociedad de Residencia Obreros Panaderos, tuvo lugar el 19 de Agosto, la conferencia de Pacheco en este pueblo. Un amplio salón, lleno a no entrar uno más, sonó por espacio de una hora como una caja batida. Estaba todo, el pueblo allí y hablamos de la anarquía, de los proletarios y de la revolución social. —También repartimos «La Obra». En esta localidad, nos presentó en breves palabras el compañero Lusciado Par-des.

En Marcos Juárez

Nos presentó el compañero Rafael Galá. Ocupamos la tribuna en un cinematógrafo. Libre la entrada y la palabra libre. Público de colonos, de ferroviarios, de obreros de la localidad. Un mundo fuerte y resuelto: nos aguantó una hora. Tema: *Capital y trabajo*. De yapa, en vez de bombones, «La Obra».

En Santa Fe

Dos actos bien organizados y cumplidos, con un éxito completo, se llevaron a cabo en esta ciudad. El primero en la biblioteca «Emilio Zola», institución libertaria, eje y

centro de la mejor propaganda sanfatesina. El otro en el local «Roma Nostra», amplio salón-teatro. Los dos actos fueron como jornadas de ideal, henchidos de decisión y entusiasmo.

En la biblioteca Zola, habló Pacheco sobre la actualidad revolucionaria y la necesidad inmediata de que el proletariado cope, por desalojo, a la burguesía. La hora es de grandes soluciones; el mundo burgués juega su carta postre. Es el momento que el pueblo accione, haga efectivos, reales y vivos sus sueños.

La velada en el «Roma Nostra» tuvo más proyecciones. El cuadro «Arte et Veritas» puso en escena «Las coyundas» de Boyer y «Las dajas de la casa». Se desempeñó discretamente y con mucha naturalidad.

Un niño dijo unas palabras de revolución; un bastoncito rosado que al vivar a la anarquía nos dió la idea de un brotecto de roble vivando al sol. — Luego ocupó la tribuna el delegado de «La Obra», hablando de nuestras cosas. El estudiante A. Molina recitó con energía sentida la bella «Madre Anarquía» de Ghiaroldo.

En ambos actos los salones rebosaron concurrencia. «La Obra» ondeó, como alas, sus paginitas, y todos salimos moralizados y rebelotes. Dispuestos para seguir adelante, siempre adelante!

En Laguna Paiva

El «Grupo Libertario» organizó una velada en Laguna Paiva, para el domingo 26, que fué un gran éxito. Se llenó el local del biógrafo de mujeres, de niños y de trabajadores. Y se cumplió el programa, compuesto por el monólogo «La huelga de los herreros», «El acabóse» y «Las plagas de Egipto». Pacheco, presentado por del Río, ocupó al final de toda la tribuna.

Estaba hablando cuando le comunicaron lo que decía el comisario del pueblo. Esto es: que no hablaría más, que no le *daba permiso*. El comisario de Laguna Paiva, que recién acaba de licenciarse de orángutan, cree que todo es cuestión de venias y de licencias.

Parece que el pueblo no piensa así, sino embargo. Protestó en masa, hasta por boca de las mujeres. Y Pacheco terminó su conferencia aprovechando el suceso — la ocasión la pintan calva — para caerle al principio de autoridad, representado en todas partes y siempre, por los más orángutanes.

Lo que todavía nos falta

Partimos ahora para San Cristóbal; estaremos allí el 27 y 28. El 30, 31, 1 y 2 de Setiembre, en Santiago del Estero. El 3, 4 y 5, en Salta. Y en Jujuy, el 6 y el 7. El regreso lo haremos por Tucumán, donde también tocaremos Tafi Viejo, hasta el 10. De allí, rectos como flechas, a Rosario, para asistir al gran mitin de protesta por la detención de Suarez, de Vidal y de García, que tendrá lugar el domingo 16.—Ah! el 15, hablaremos allí mismo, en una velada. Y de ahí, para Campana y Buenos Aires. Esto es lo que nos falta para coronar la gira organizada por la agrupación «El Verbo» de Córdoba, secundada activamente por todos los compañeros del interior. Es la mitad o algo más. La doblemos con éxito; ya la llevamos doblada.

Aclaraciones y rectificaciones
De los compañeros de Cruz del Eje

Habiendo aparecido en «La Vanguardia» una correspondencia invidiosa y malévola, respecto a los actos de propaganda de nuestro delegado en gira en esa localidad, los compañeros de Cruz del Eje nos envían la rectificación siguiente:

La correspondencia publicada en «La Vanguardia», está bordada sobre puras mentiras. Ese correspondiente es un despedido venenoso, que ha sido expulsado de la Federación Ferroviaria por haber querido convertir a ésta en un comité político. El delegado de «La Obra» sólo pronunció conferencias anarquistas y gremiales. Y los actos todos, en esta localidad, fueron organizados por compañeros, con prescindencia de toda agrupación política, pues la política no entra en el programa ni es de la predilección de los anarquistas, como lo es de los socialistas. La última conferencia, que fué la de la velada, versó sobre el tema «El Arte y el Pueblo». En ninguna de las conferencias mencionadas para nada a los socialistas, pues ni aún era necesario: están en el suelo. La velada se organizó con el concurso del cuadro de un centro recreativo que existe en esta localidad, y con obras que tenía ya ensayadas. Si entre los miembros de ese cuadro hay radicales o socialistas, no lo sabemos. El acto era de los compañeros; el cuadro prestó su concurso. Como siempre la representación de una obra de teatro puede tener gastos, se convino que se reservaría una tercera parte para pagarlos, si los había, otra para la biblioteca de la

Federación Ferroviaria, y otra para la gira. Como no los hubo, o el cuadro hizo donación desinteresada de ellos, fueron dos partes para la gira y una para la Federación.

He aquí el balance de la velada, remitido en su oportunidad a la agrupación «El Verbo» de Córdoba, que ha tenido a su cargo lo referente a la gira:
60 entradas vendidas a 50 cts. = \$ 3.50
Gastos de volantes y arreglos del salón = 15.—
Beneficio = 19.50
Distribución: Para la gira \$ 13, y para la biblioteca de la Federación \$ 6.50.
Por los anarquistas de Cruz del Eje Domingo Ovejero

Sobre lo de Mendoza

El centro de E. S. de Mendoza, bajo la firma de su secretario A. Narvaez, censura que nuestro delegado, de común acuerdo con la agrupación «El Verbo» de Córdoba, organizador de la gira, no haya querido ir allí, para no servir a las divisiones existentes. Dice que no se lo han disputado, y concluye: por cualquier banda hubiera do; esto es lo que correspondía a la propaganda.

Tenemos en nuestro poder, toda la correspondencia referente a este asunto. Ambos bandos han hecho proceder a todo la descalificación recíproca de cada uno. Dos párrafos de acusaciones por cada lado, y como primera obligación: que Pacheco o la agrupación «El Verbo», antes de acordar lo relativo a la ida a Mendoza, por esos datos o esas acusaciones, dictaran la exclusión de un bando por el otro. La agrupación «El Verbo» propuso entonces que uno reuniera para la ida y el otro para la vuelta; pero no es ésto lo que querían, sino exclusión, y así lo rechazaron los dos... En estas condiciones, cualquiera se dá cuenta que no era posible ir; además es cosa que rechaza, para un anarquista, que se hagan proceder estas cuestiones, cuando uno no pregunta por ellas y no tiene interés en estar en un bando ni en el otro. El centro de E. S. es uno de los bandos.

COMUNISMO

«Sin propiedad privada, que equivale a decir sin amor y por consecuencia, sin la explotación económica, todos los individuos serán económicamente iguales; y esto es el comunismo o propiedad común de todas las cosas.»
P. Gori

Acuñación burguesa

«No presionéis al pensamiento con ninguna concepción acabada; dejad libre el pensamiento». Tal suele ser la última respuesta a los anarquistas, cuando no se tiene otra cosa que contestar; por de contado se les considera ya perdidos, muertos: ya para la vacilación o las dudas del pensamiento, que aquellos estiman actitud superior del hombre filósofo, por haber salido del estado de vaguedad, para dar cuerpo y forma a una concepción acabada que expresa y concreta los motivos de lucha y el querer de los anarquistas.

Este querer, estas ideas sociales o estos motivos de lucha de los anarquistas, resultan así, para estos críticos, limitados, por cuanto se refieren a una sola cosa, confesada con toda modestia, o sea la vida de los humanos en el estado social; y como que son limitados, y encierran dentro de sus bordes una cosa también limitada—queremos decir con respecto a la vacilación o las dudas del pensamiento que son limitadas—, lo consideran un cerramiento, como el de la corteza alrededor del árbol, una cristalización o una petrificación; una detención, en fin, en la masa o cuerpo de las ideas o afanes revolucionarios, que no conocen ya las dudas del pensamiento, pues han visto claro lo que se proponen y son conscientes de lo que desean: como que querrá existir para sí, para esta afirmación, como toda cosa detenida, como semilla que hace pie al fin en la tierra, haceces al fin, adalta, fuerte, con prescindencia de toda duda, de toda vacilación; con nequección sobre todo para el estado de vaguedad que majestuosamente se abisma en su falta de bordes o de contornos, como copo de humo en el aire, y que no concreta ni concretará jamás, nada...

Si se acusa a alguien de hacer, de detener en sí mismo sus elementos para tratar de comprender y reaccionar contra lo que en el estado social le oprime o lo aplasta, en vez de dejarlos flotar en la vaguedad de la atmósfera, como papillos en el viento, o en vez de mantenerse en una actitud de duda filosófica cuando todo le incita a formar su propia conciencia, no tendrán más razón ni más consistencia estas críticas. Todo tiene que salir del estado de vaguedad o de abstracción, y la conciencia del hombre sobre todo; de tener su suelo en la tierra, arrojarse a un surco, germinar; cuajar en una «concepción acabada», en fin, de bestia o de fruto, para que sea tenido en cuenta o para que exista. Todo es no sólo una concepción acabada, — el árbol, la planta, la conciencia social de los anarquistas — sino que todo es, alguna abajada, realización o presión de alguna concepción acabada también. Fuera de ésto no se concibe existiendo nada sino como elemento, y demás está decir que el estado de elemento es inferior o débil para el pensamiento. Lo es también para la anarquía, si queremos que os lo digamos, a vosotros que lucháis o forzáis para que no salga del estado de elemento... o de actitud de duda filosófica, cuando todo nos incita, nos golpea, para que nos formemos una conciencia social los anarquistas!

Vosotros no sólo psicólogos ni sólo en realidad filósofos, pues no habéis desentrañado que la síntesis, el ideal de la pedagogía burguesa, con su pretensión de duda filosófica, es el estado de elemento, y es el estado de actividad, por cualquier objeto, por cualquier resultado que sea. Y hay un error tan tremendo al hablar de evolución de la idea anarquista, cuando lo que se quiere es hacer reinar al estado de elemento, como que esto no es evolución de la idea anarquista; sino invención a la pedagogía burguesa, exenta de filosofía, acuñada de mediocridad...

Kropotkine, republicano...

Nuestras ideas son de emancipación, y la emancipación la traerá el porvenir, trabajando e insistiendo en ellas con el pueblo, siempre. Esto es tirar a mucho tiempo, con una campana muy larga, de varios siglos quizá; pero es apuntar a un blanco seguro. Lo necesario es apuntar a un blanco seguro, — que el pueblo apunte a ésto también — después vendrán los impactos cuando sea su tiempo, o el pueblo se haya hecho en la mayoría tirador.... Por lo pronto, gastaremos todas las series que poseemos en apuntar y tirar a este blanco; si somos pocos o si los centros aún están verdes para nosotros, eso no detiene a los que desean, ni aún menos recorre nuestro tiro, dirigiéndolo a otro blanco más próximo o más cercano. Debemos tener ambición; y los anarquistas la tenemos de ir emancipando de todas las mentiras o detenciones en algunos de los escalones de la sociedad actual, para apuntar sólo al blanco de la sociedad anarquista, de la sociedad comunista. Si el pueblo apunta a este blanco, por más que le erre muchas veces, que debamos estar satisfechos los anarquistas? no debemos luchar lo posible para que persista o se mantenga en él?... Ah! no; hay personas que no quieren o no pueden verlo así. Ven lo práctico de este momento, lo que hoy es practicable, sin pensar que lo que hoy es practicable es sólo el sacrificio y la esclavitud del pueblo. El seguro blanco de la emancipación, se bajado porque no se podría dar en él hoy; en su lugar se levanta otro de los blancos cualquiera de la esclavitud; se rectifica el tiro dirigiéndolo ahora a él; y ésto se llama ser «hombres prácticos» que ponen en el momento histórico, patriótico, sociológico o mercantilista, la pesada balda de plomo que nos ata, nos clava o nos inmoviliza a él. Sin ambición, oh Kropotkine, te atas al pueblo ruso en la república federal! Has rectificado tu tiro, y de anarquista, que alzastes el blanco de la emancipación, —ese blanco que hacías ante-ceder a todo siempre —, hoy eres republicano; con tus dos manos seniles, alzas y muestras al pueblo este blanco

de esclavitud... Hoy no se puede ser sino republicano en esto que es burgués. Convenido. Pero los anarquistas lo combaten; tú mismo lo has combatido diciendo al pueblo que no debía detenerse en este orden burgués; que debía pensar en marchar al comunismo a toda la emancipación, más adelante!

Y mira, viejo Kropotkin, tus ojos debieran llorar si aún te dieras cuenta lo contrario que es para la emancipación tu ímbedil recitificación de tiro. Ya descompara. Ena Goldman, allá en la república federal del Norte, acaba de ser condenada a veinte y dos años y medio de cárcel por oponerse a la recluta militar. Junto por junto con el tuyo, encuadrándose con él, en el mismo día, en la misma página, allá en Moscú, tu general Alexieff, pronunciando su discurso, revolvía cosas de emancipación tan bellas, en tu propio pueblo ruso que ahora aspiras a encadenar, como aquella carga de los cuarenta oficiales, que los soldados, dejaron marchar solos, contemplando con indiferencia como los mataba a todos el enemigo. ¡Esto era la emancipación, viejo Kropotkin! Un día, todos los soldados del mundo dejarán que carguen los oficiales así; estos serán todos muertos, y los soldados habrán acabado las

guerras para ellos... ¿Cómo puedes no creer en la emancipación ya, habiendo de «rectificar el tiro», cuando tales actos de la emancipación pasan bajo tus ojos, y cuando tales actos de la república federal, como la condena de Ena Goldman hoy, como los mártires de Chicago ayer, debían apesadumbar, golpear tu corazón?...

¡Si vieras la república federal aquí; si vieras los proletarios, los intereses primarios, las cosas que se tramitan o se conspiran para retener o para hundir más en la esclavitud! Tu general Alexieff, como poco antes tu general Kornioff, que hizo ametrallar regimientos enteros que se negaban a cargar sobre el enemigo, ha cantado la derrota del viejo y odioso militarismo por los grupos emancipados de soldados. ¡Al fin se inauguraba para la humanidad una cosa nueva! ¡Y tú no has sabido verlo, Kropotkin; y tú quieres ayudar ahora a tirar eso que se estaba desatando ya... Alexieff, Kornioff, Kropotkin! todos estáis hoy en la línea de los enemigos del pueblo; lo que procuráis bajar es el blanco de la emancipación. Para ello reclamáis el terror. Vuestra sociedad burguesa es muy linda. En realidad los decimos: convida ella muy poco para que rectifiquemos nuestro tiro...

Para reflexionar

Militarismo

«Un ejército en la antigüedad tenía casi siempre por origen una partida de bandidos, o lo que viene a ser lo mismo de gentes que no querían trabajar y habían resuelto vivir del trabajo de los otros. Naturalmente, estos bandidos una vez reconocida su autoridad, se convertían en los protectores de aquellos que trabajaban para ellos. Así se creó el orden en el mundo por el bandido transformado en genarleme».

No es más orden» el instaurado y perpetuado por semejantes órdenes Un diario burgués, «Le Fígaro», en un día de mal humor, lo definió perfectamente:

«El secreto de la tiranía y el problema de los gobiernos consiste en hacer que los pobres uniformados vigilen a los pobres de blusa».

Esto arranca de franqueza remontada a 1891, y de seguro que no ha vuelto a reproducirse. Buscando por otro lado, hallamos los orígenes del cuartel, que nos ofrece Anatole France en los siguientes términos:

«El cuartel es una invención repugnante de los tiempos modernos, pues no pasa del siglo XVII. Antes no había más que el cuerpo de guardia en que los soldados jugaban a los naipes o contaban cuentos. Luis XIV es un precursor de la Convención y de Bonaparte; pero el mal ha alcanzado su plenitud con la institución del servicio obligatorio. Haber hecho una obligación a los hombres de hacer, es la vergüenza de los emperadores y de las repúblicas, es el crimen de los criminales. En las edades llamadas bárbaras, las ciudades y los príncipes confiaban su defensa a mercenarios que hacían la guerra como diestros y prudentes, y solían haber pocos muertos en una gran batalla. Y, a lo menos, el que iba a la guerra no la forzaba; se hacía más voluntariamente. No hay duda que no servirían

Clémenceau dice a este propósito: «El papel que en la sociedad toca representar al soldado es de servidumbre absoluta. Aunque os mande fusilar a vuestro padre y a vuestra madre debéis obedecerme, — dice el emperador alemán a sus soldados. He aquí el último término de la dominación de la estructura humana. En Francia y en otras naciones no se lleva la cínica franqueza autolitaria hasta decir estas cosas, pero la doctrina de los acres conduce a la misma consecuencia. El hecho es que la obediencia pasiva, cualquiera que sea su resultado, constituye la gloria del soldado; su autonomía, su independencia, es, pues, un crimen... Para llenar su deber no tiene necesidad de conocer las circunstancias del hecho que motivan su intervención, y nadie piensa en enseñarle los rudimentos de esa ley que se pone en la mano para la defensa del derecho escrito. Su oficio, su técnica, consiste en matar por orden de su jefe, sin preocuparse para nada de si hay o no razón para ello. Como quiera que sea, resultó que, debido por la jerarquía de sus jefes, no es responsable de la sangre vertida, ni de las ruinas humanas causadas en un territorio, ni de las lágrimas derramadas por tanta desgracia; la razón, no sólo no la necesita, sino que hasta es peligrosa por la tentación que inspira a cada uno de darse cuenta de sus actos y de discutir aquello que precisamente ha de estar muy por encima de toda controversia para el soldado. La falta mayor, el crimen imperdonable del soldado es la desobediencia; la ordenada no tiene apelación; no hay revisión sino después de la ejecución, lo que niega el acto racional de que la especie humana tanto se glorifica. Y es que, en efecto, la violencia es por sí misma la razón definitiva y última, — última ratio — y que no necesita justificación, pues que por su esencia suprime al opositor en vez de vencerle».

«Durante el día, en el cuartel, se habla a los soldados de la salud de la patria, de la cual son los defensores, y de los otros vecinos cuya amonesta amenaza el territorio; pero llegado el caso, se les pone en presencia del verdadero enemigo, de la plebe aún susceptible de cólera, cuya violencia ha de dominarse. ¡Qué ingeniosa ficción la del rival extranjero, la del adversario hereditario! Ella sostiene en gran parte nuestras plutocracias; gracias a ella éstas consiguen el admirable resultado de movilizar una parte de la clase trabajadora contra la otra parte, de tal manera que cualquiera que sea el resultado de una guerra civil, sólo los miserables soportan su peso y sufren sus consecuencias. Por lo mismo, todo el esfuerzo de los moralistas, de los filósofos y de los historiadores vendidos y pagados concurren a fortificar esta ficción, a embellecerla; ya en la escuela se enseñan esas doctrinas y con tanto éxito, que los pobres crean defensas sueltas que nadie amonesta, y al recibir su *spartia* romana defienden su derecho a morir de hambre».

Es indudable que el mozo que deja familia y trabajo, interrumpiendo el curso ordinario de su vida para meterse en el cuartel, no va a proteger la frontera contra la invasión de los nacionales de las naciones colindantes, ávidos de apoderarse de una propiedad de que él no participa, no porque esa propiedad sea ficción y aún más, sino porque el dominio de los invasores, seguirá siendo de los mismos propietarios; y aún los enemigos triunfantes, los soldados extranjeros, instrumentos del vencedor, quedarán tan lejos de la propiedad como los soldados vencidos.

Conviene que se sepa y se difunda una verdad muy sencilla y sobre la que no se fijan los influidos por el nacionalismo militarista; en toda nación, que parece debiera de ser como la defensa recíproca del derecho de todos los nacionales, no sólo hay millonarios y hambrientos, sino que hay extranjeros ricos, propietarios y explotadores, frente a nacionales que han de emigrar del país porque carecen de pan, de casa y hasta de tierra que pisar.

Por eso, la verdad es que el mozo que deja la herramienta por el fusil, no hace otra cosa que cambiar de manera de ser víctima del capitalismo; siendo obrero fomenta la riqueza del señor; siendo soldado, la defiende contra las reivindicaciones de los trabajadores. Con la diferencia agravante de que siendo trabajador podía fraternizar con sus compañeros y con ellos avanzar en la evolución progresiva de la humanidad; mientras que siendo soldado se convierte en enemigo y sayón al servicio de la injusticia.

La misión social del soldado, —lo mismo en una democracia, donde según definición el pueblo es soberano y cada individuo, es decir, cada ciudadano, es elector y elegible, que en una monarquía absoluta, donde el rey es más o menos prácticamente señor de vidas y haciendas,— es la negación de aquel derecho inmanente de que nos habla la filosofía moderna.

«Se trata, pues de obligar a ser de un modo que contraría esencialmente la naturaleza del ser, y esto con un fin social que contraría igualmente la naturaleza de la sociedad, y como medio de reivindicar el derecho humano y restituir a la sociedad su legítimo carácter para obtener de ella los fines propios de su objeto, conviene tener en cuenta las siguientes consideraciones dedicadas a la juventud, tomadas de un periódico francés:

«Ayer, jóvenes trabajadores, vivías dedicados a la producción, que es el lote del proletario: unos en el taller, otros en la fábrica, en el campo, en el carril, en el barco, donde quiera que se dé consumir vida que se repara siempre en déficit con la mezcla del salario para el enriquecimiento del patrón, del propietario, del capitalista, de la aqua a quien la sociedad, que no la justicia, da sobre vuestro trabajo el derecho de acción».

Mañana estaréis en el cuartel, donde no hay tarea productiva que ejecutar, y donde, sin trabajar, se os cebará con el rancho nacional.

¡A la verdad que no hay motivo para queardar satisfacción de estado semejante! Porque los que mandan os obligan a esa existencia parasitaria por algunos años, débese a que tienen en ello gran interés: en cambio de la pitanza que os otorgan exigen de vosotros una sumisión de todos los instantes, os curvarán bajo una disciplina férrea, y os impondrán una obediencia pasiva.

«Hay otro motivo que no hay motivo para queardar satisfacción de estado semejante! Porque los que mandan os obligan a esa existencia parasitaria por algunos años, débese a que tienen en ello gran interés: en cambio de la pitanza que os otorgan exigen de vosotros una sumisión de todos los instantes, os curvarán bajo una disciplina férrea, y os impondrán una obediencia pasiva.

«Hay otro motivo que no hay motivo para queardar satisfacción de estado semejante! Porque los que mandan os obligan a esa existencia parasitaria por algunos años, débese a que tienen en ello gran interés: en cambio de la pitanza que os otorgan exigen de vosotros una sumisión de todos los instantes, os curvarán bajo una disciplina férrea, y os impondrán una obediencia pasiva.

«Hay otro motivo que no hay motivo para queardar satisfacción de estado semejante! Porque los que mandan os obligan a esa existencia parasitaria por algunos años, débese a que tienen en ello gran interés: en cambio de la pitanza que os otorgan exigen de vosotros una sumisión de todos los instantes, os curvarán bajo una disciplina férrea, y os impondrán una obediencia pasiva.

Y esas exigencias tienen un grave motivo. Como que ponen en vuestras manos armas terriblemente mortíferas y teman que se os ocurra la idea de hacerlas servir de un modo que reputan «malos» y por eso toman todas las precauciones imaginables para destruir en vuestra conciencia y en vuestra inteligencia toda luz de pensamiento, todo conato de examen, toda posibilidad de reflexión.

Para anular en vosotros toda voluntad rebelde, o siquiera el más mínimo intento de reconquista de la propia personalidad, os debilitarán con el terror que inspira un código rojo que amenaza con la muerte en cada página.

Si incurriés respecto de él en alguna falta de esas que en lo civil carece de importancia, pronto conoceréis el calabozo, el presidio, el disciplinario con todos sus rigores y con toda su penales.

«¿Para qué yugo tan inhumano?»

Se excusa suponiendo que se os arma en defensa de la frontera; pero si la excusa fuera cierta, bastaría con el virus patriótico - nacionalista que se os ha inoculado con la tradición y con la educación, lo que ya os pone en condiciones de regimenteros dócilmente y marchar con entusiasmo contra el enemigo, que, cuando verdaderamente se presenta, viene con igual docilidad y entusiasmo ciego y sugerido que vosotros.

Hay otro motivo.

Se os arma para encomendaros la defensa de los privilegios del capital; se os arma para que si vuestros hermanos de trabajo exigen una mejora oprimen una protesta, luchéis contra ellos, es decir contra los que dejasteis en el taller, en la fábrica, en el campo, y a los cuales volveréis a unirlos cuando os den la licencia.

Y como tal motivo no puede manifestarse con sinceridad, como con él, francamente expuesto, no habría honestamente equilibrado que se presentase lo que de vosotros se exige, se os deforma, se os amasa, se os oprime en el molde militarista; y sólo así quedarías útiles para el servicio».

ERNESTO RENÁN

No hay más punto de vista eterno que el del pueblo; el tuyo, el de aquí, el de más allá, el de todos... Este será el punto de vista que haréis primeramente, cuando seáis fuertes, cuando os dejéis oír y os hagáis oír por otros puntos de vista que no sean los vuestros. Vosotros no habláis hoy para nada, pero hablaréis un día... Rectamente, en esta encuesta o reunión de opiniones hecha por Renán sobre el militarismo, hallaréis reflejado el punto de vista del pueblo sobre él, y sobre la guerra también, adn sobre la invasión o la conquista de vuestra patria. La tierra que era de un propietario antes de la invasión, queda siendo del mismo propietario después de la invasión, o después que la habéis defendido como leones rechazando o expulsando al enemigo. Y en el orden interno, el militarismo no tiene más razón ni más pretensión que hacer guardar por los pobres de uniforme a los pobres de blusa, cuando estos se resuelven o quieren obrar contra los propietarios, como todos lo habéis visto en la reciente huelga ferroviaria. Para esto servís a la patria en el ejército, o hacéis la guerra por defender un territorio que no es vuestro, dentro del cual, como en todas partes, sólo simplemente esclavos... Hay, en esta colección de opiniones, también una de Anatole France, que ya sabéis en la actualidad se ha convertido en guerrero, no diciéndonos que defendáis vuestro territorio o vuestra propiedad, lo que ya no podría decir, sino una nueva cosa, que no se había mencionado antes, de vuestra cultura. Vuestra cultura, como esclavos, perteneciendo a un pueblo esclavo, no es cosa de mayor monta y que deblerá defender tanto, como por ejemplo vuestra libertad. Es la cultura de vuestros oprimidos, o el arte con que cultivan vuestra esclavitud. Debéis haceros todavía vuestra propia cultura; para ello os falta punto de vista del pueblo, que es lo esencial... Y así os damos, para que vayáis formando vuestra cultura, estas cosas para que las reflexionéis...

(Conclusión)

Hasta ahora ha valido muy poco, no ha valido casi nada, lo que pudierais pensar vosotros; todas las cuestiones que se plantean o resuelven en esta sociedad, son de la esfera del pensamiento de los amos. Pero no será así si os empezáis a inspirar en un pensamiento revolucionario, como el que acabo de esbozar; entonces lo que penséis vosotros será lo de mayor valor. Confiadamente podéis prepararos a desarrollar vuestro pensamiento, que el tendrá vuestro decisivo en el futuro. Los que hablaréis mañana seréis vosotros, como los que han hablado hasta hoy han sido los amos. De vosotros dependerá todo; de ahí que de todos lados se apresuren a acudir para formar vuestro pensamiento, o para la revolución o contra la revolución. En la cuenta, pues, en la cuenta de los que amamos vuestra revolución, porque ello es leal con la obligación que tenéis de hacerla para que desaparezcan vuestros males, auxilios para que tengáis un pensamiento recto, o vuestro pensamiento es solicitado en dos sentidos: por vuestra vida hoy, sin importarnos el mañana, o preocupados de una revolución cuyo desenlace no verá sino el futuro, pero que no por eso será menos real ni menos cierta. Por lo primero se insinúa la burguesía, que no debía tener parte en lo que pensáis vosotros, esclavizados u oprimidos por ella, y solicita vuestro pensamiento contra la revolución y los revolucionarios. He aquí con lo que solicita vuestro pensamiento: debéis apartaros de sentir, pensar, vivir u obrar por una cuestión social; debéis vivir vuestra vida de hoy; debéis vivir las concepciones finales de una sociedad definida o concreta por la cual los proletarios ya están luchando; debéis plantaros como hombres libres frente a toda revolución social; debéis exigir el producto íntegro de vuestro trabajo, —es decir, salidas a una cantidad, una vez,— en vez de la cuenta abierta a todos los productos que proponemos nosotros; podéis ser libres ya, libertádosos vosotros, sobre todo, si os libertádis de pensar en una cuestión social en la revolución; que esto debéis variarlo como el más irrealizable deseo de multitudes esperanzadas o mesianistas, no obstante que ellas se han puesto a marchar, ya, y con ánimo de producirlo y labrarlo con sus manos, con su esfuerzo, y también a su costo... ¿Qué es todo esto sino, en síntesis, lo que han pensado o han podido pensar cuantos han vivido su vida de hoy, sin importarles otra cosa que su vida de hoy, por infeliz, por poco aita, y menos digna de un hombre, que ella haya sido? El producto íntegro de su trabajo, y aún de sus bajezas con el amo, el más vil, el más idiotizado de éstos, también quisiera exigirlo; la demanda, como demandar no sea sino con la retribución,

y toda retribución es hecha o es dada por la dependencia económica. ¿Pero quién dará la retribución cuando no existan amos? Por otra parte: ¿quién detendrá el producto íntegro del trabajo? El trabajo es hecho o hoy socialmente. Cada uno es nutrido por todos, alimentado por todos, y cualquier trabajo que sea no es más que un toque a una cosa que ha debido pasar antes por muchas manos, de manera que entre todas ellas la ha realizado, cuando ya lo puedo dar por concluida o completa. ¡Vivir vuestra vida de hoy! ¿Hace falta que se os recuerde lo que es vuestra vida de hoy? ¿Cómo seréis libres hoy? ¿No es un abuso de lenguaje llamarse libres cuando no se responde a la revolución, pero se depende de un amo o un patrón? ¿Todos los días no vemos de estos libros, libres de nosotros, de la influencia que podían tener sobre sus vidas las cuestiones que tratamos, que andan como nosotros hambrientos y miserables? ¿Aquí está la madre del bocado? ¿Es vuestra libertad es hoy la de mojaros en los sentados que intriga, que levanta la mujer o el hijo para obtener un puerco de capatzo o mayorado, con eso afirma su dependencia económica. El que vive del robo o la expropiación, con eso afirma su dependencia económica también. Ninguno de ellos es libre; no se independiza con el robo ni con la baja; esto no pasa de ser un pensamiento de esclavos. Vosotros vivís también vuestra vida hoy; sólo que la vivís para la resistencia a la esclavitud, para la revolución. Además, si no queréis pensar nada y vivir en un suave limbo vuestra vida de hoy, como han vivido tantos y tantos, y han sido eternamente esclavos: ¿por qué amar la justicia, por qué no haceros cosacos o verdugos y pasar por todas las bajezas o vilezas de esta sociedad, como tantos otros que viven sin preocupación y sin problemas su vida de hoy, y saben vivir, según ellos mismos lo dicen?... Ni aconsejamos debéis temer porque se os acople de haber contemplado ya aspiraciones finales. Es ley que nada exista sino se concreta. Lo concreto vale; esto se ha polarizado, se ha constituido yema, como decíamos una vez con Pácheo... Existir es lo primero. Si el cardo existe, aunque no sea más que cuando ¿qué importa? Pácheo al que cardo se arime. Siempre será una planta de cardo, contra lo que quiere permanecer en un estado de vaguedad, de difusión, y supone ser más que el cardo porque no se ha decidido a ser nada. La nada es la nada; ¿nos combatirán con la nada, ahora, y la nada será una razón contra lo que es ya algo, como las aspiraciones finales concretas de los anarquistas? Huyamos de vivir para nada; si vivimos para algo, ya nos probarán

hoy, ya para las cosas vuestras; y llamaremos también a la mujer, la entrañable compañera del hombre, nuestra mitad que nos completa en el hogar y con los hijos... T. ANTILLI

Papa, papifa...

¡Qué gran caída ha tenido la religión! Ya no es la religión lo más importante ni lo primero. Moisés se ha apartado breve espacio de su pueblo, y al regresar, en vez de la religión que era la ley, encuentra a su pueblo arrodillado ante el becerro de oro. Esta ya no es religión sino idolatría. Y la burguesía, olvidada de la ley, ante él se inclina y sacrifica. ¡Ya no hay más ley! Aiah y Jehovah, el dios romano y el dios bizantino, Buda y Mahoma y Jesús, todos han pasado a segundo término; es despreciada su ley que mandaba no juntarse con gentes de otro dios, de otro mesías o de otro profeta, o aún con la gente, más odiosa todavía, de los ídolos... Todas las gentes se han reunido, se han estrechado o se cobijan bajo el ídolo; aceptan la ley de él, y olvidan la ley de dios... El becerro de oro ha acabado por ser más fuerte que todos los dioses. Hoy no se combate sino por él; ha logrado la unificación del oriente y del occidente a su ley, que pretendieron las dos religiones monoteístas, el cristianismo y el islam, y que Comte soñaba verificándose en los preceptos o las leyes de la ciencia positiva. ¿Dónde está el pueblo sometido a la ley, a la ley de la religión, hoy? ¡La religión es la sometida, dios es el sometido! Como el agua, como el viento, como la tierra, dios ha sido tomado y metido en su manjara por quien tenía poder; y los sacerdotes de la ley han dicho a todo amén. Estos amenes es lo único que ha resonado por el mundo, como manifestación del derecho de dios a dar su visto bueno o aprobar lo presente. A todo ha dicho

amén, ha aprobado siempre; jamás la ley se ha manifestado en discordancia con el príncipe, el conquistador o el guerrero. Ha dicho amén a los otros dioses o a la otra ley, y ha dicho amén al ídolo, cuando esto era política o se lo imponían. En compensación de esto, para el mundo romano, el papa obtenía la infalibilidad para los asuntos de la ley. ¡En vano y en valde! Ya no habla la ley; sólo el amén se escucha, sólo este se tolera, sólo esta es la parte de dios en los asuntos del mundo. ¡Es desde hace mucho tiempo así!

¡Pobre papa, papita de Roma, adornado como por burles con el título de rey de reyes, sacerdote infalible, pontífice de la ley, ahora que pensastes acto de buena política no decir, como siempre, a todo pasivamente amén, y aventuraste una opinión bien tímida sobre la paz! ¡Pobre papa, papita de Roma, que por esto eres acusado de germanófilo! Eres no un pontífice, padre de la cristiandad, sino un hombre vestido de blanco y con una tiara, que cuando no dice amén la yerra... Has de aniquilar en ti la soberbia, y, como el perro del amo, volver a su voluntad con la humildad. ¡Justifícate, pide perdón papita! Prométele no volver a salir del está bien y del amén. Que tus sacerdotes hagan rogativas por todos los bandos, bendigan todos los cañones y todas las armas. Dios con todos. Pero si tienes vergüenza, si crees que la ley es otra cosa que una política de esclavo para no enajenarse la voluntad de los amos,— tiranos, poderosos, derramadores de sangre a mares, acusadores del papa y de dios,— entonces, ¡suicídiate papita, quita este mundo dónde no hay ya más ley, dónde el único acto que se te tolera, y que a tu pesar te ves obligado a hacer, es decir a todo amén... Más no te suicidarás, no, sino que con todos tus años y toda tu ley, simple político, pasarás por el ojo de tu aguja a los elefantes y a los camellos, y eso será aún exhibido en honra y gloria de tu papado!

Notas

Periódicos nuevos

Nuestras ideas es preciso que salgan de nosotros y ganen al pueblo; en especial a los trabajadores, a todos los que sean capaces de algún pensamiento entre ellos. De ahí que nuestro regocijo no tenga límites cuando las vemos recogidas, y lanzadas más lejos todavía, por el pueblo mismo; esto es por sencillos trabajadores, por compañeros que no brotan o se reproducen por todos lados... Aquello ya no es nuestro; ya es verdaderamente del pueblo o de partes del pueblo, que las posee, las discute

o las suaviza, y va infundiéndolas, propagándolas por sí mismo. Nadie se da cuenta lo que esto tiene de importancia para la posesión definitiva de las ideas o los pensamientos revolucionarios por el pueblo. Este es necesario que los haga suyos y los posea, para que un día los ponga en obra también. Pero ¡qué decimos!, si en muchas, en muchísimas cosas, los pone en obra ya...

No hay que ser ciegos: en una infinidad de casos, en la mayoría de las agitaciones o movimientos que son de abjeto contra lo de arriba, el pueblo pone en obra ideas o pensamientos revolucionarios. Esto prueba, esto demuestra, que entre el pueblo están ya...

No podemos mirar sino como un gran beneficio esta transvasación al pueblo de ideas del pueblo. Ahora son ellos mismos,— los sencillos trabajadores, modestos hombres del pueblo,— que con su dificultad de escribir, como ellos son en fin o pueden hacer, poseen y propagan estas ideas... Los periódicos del pueblo, las conferencias del pueblo, se suceden y se propagan todos los días. Y son nuestros mejores compañeros, estos que son indimentablemente del pueblo. ¡Ay, si! Acusan muchas veces en todo, en su dificultad de escribir, en la ausencia de una forma pulida y bella, o suma como la de los literatos sumos, su origen popular... ¡Mejor entonces, cuando a través de alguna palabra majadicha o mal escrita, vemos un pensamiento claro y el nervio robusto de la revolución! El pueblo no es un literato sumo, pero es acaso ya un obrero de libertad que vale mucho más...

Como hemos dicho, se suceden, se reproducen los periódicos. Los más intelectuales de los compañeros escriben en ellos; los demás los sostienen y los difunden. Así se hace en muchas partes. Solo en esta quincena nos han llegado los siguientes periódicos nuevos: «La Rivolta», en idioma italiano, semanal, se publica en esta capital, Pajol 759; «Verdad», quincenal, de los camaradas de Santa Fe, redacción 25 de Mayo 41; «Nosotros», periódico de pequeño formato editado por los compañeros de Bell Ville; y «La Voz del Obrero», periódico libertario editado por la agrupación Oficios Varios de Salto Oriental y el centro Emilio Zola de Concordia, provincia de R. Ríos. Este último periódico reúne en una misma obra de emancipación y dignificación, a los camaradas de dos países, haciendo malas las fronteras trazadas por las patrias para que se odien y se separen los hombres.

Un folleto

Los activos compañeros de la Biblioteca Internacional, han puesto en circulación una edición, hecha ex-profeso y por medios que ha reunido la propia Biblioteca; del folleto «Lo que nosotros queremos», de Pedro Gori, para distribuir gratuitamente. Esta clase de propaganda es la más simpática y la más efectiva de todas. Con la más buena voluntad nos ofrecemos a todos los camaradas que quieran obtener folletos y hacer su distribución, como intermediarios con la Biblioteca Internacional, para ir a buscarlos y hacer su remisión por el correo. Al propio tiempo nos hacemos un deber en decir a los compañeros que, a nuestro parecer, el mejor medio de que esta propaganda no se corte, es contribuir con cualquier cosa para imprimir o editar otro folleto.

La dirección de la Biblioteca Internacional es: Billinghurst 843, Buenos Aires.

Ba Pergamino

Después de tanto tiempo que la propaganda de nuestras ideas estaba interrumpida en Pergamino, ha vuelto a renudarse con la constitución del centro obrero de Estudios Sociales. Auspicados por este centro, se realizaron el domingo 26 de Agosto dos actos, que resultaron hermosos éxitos. Una conferencia en la plaza por la tarde, y por la noche otra en un salón; ésta última sobre todo, con una concurrencia extremada. — Abrió el acto el camarada Aristegui de la localidad, y le siguieron en el uso de la palabra Pereira y Deilla que habían ido de esta capital.

En Bartolomé Mitre

El centro de E. S. «Actividad y Armonía» de Bartolomé Mitre, organizó en la noche del lunes 27 de Agosto un hermoso acto de propaganda en el salón teatro de la localidad. Disertaron Maritones, del centro de E. S. y a continuación Deilla, que tocó en este punto de regreso de Pergamino.

Para aprovechar las fuerzas

La idea de asociar las energías para intensificar la propaganda, ha nacido tanto en los camaradas de Pergamino como en los de Bartolomé Mitre. Con este objeto se dirige a los compañeros de San Pedro, Capitán Sarmiento, Salto Argentino, Perez Millán y pueblos o estancias circundantes, a fin de que se relacionen con las siguientes agrupaciones: Centro Obrero de E. Sociales, Boulevard Alberdi 549, Pergamino (F.C.C.A.); Centro de E. Sociales A. y Armonía, Lamadrid 478, Bartolomé Mitre (F.C.C.A.); y Centro de E. S. Entre Campesinos, Santa Lucía (F.C.C.C.)

Los componentes de esta última agrupación, se reúnen en su local, cerca del almacén de Cordero, todos los domingos a la tarde.

La propaganda en el campo

Los compañeros que dispongan de periódicos viejos y folletos de propaganda anarquista, y que no tengan ocasión de hacerlos distribuir por su cuenta, pueden dejarlos a los compañeros siguientes: Miguel Serra, Garibaldi 1556; al conserje del local B. Mitre 3174 para Deilla, o en la administración de «La Obra». Serán utilizados para la distribución entre los campesinos.

Santa Fe

En esta ciudad, son agentes de periódicos de nuestras ideas, los compañeros siguientes: E. Albornoz, 25 de Mayo 189, de «Voces Proletarias», «La Rivolta» y «Tierra y Libertad».

A. Molina, 25 de Mayo 189, de «La Obra».

Carlos Schwalb, 25 de Mayo 189, de «La Rebelión».

M. Exposito, 25 de Mayo 18, de «La Obra».

—La biblioteca popular Emilio Zola de Santa Fe, pide a todos los compañeros o agrupaciones que editen periódicos,

quieran enviar un ejemplar para su mesa de lectura, a la calle 25 de Mayo 189.

Administrativas

P. R. Chivilcoy — Recibimos por paquete \$ 1.30.

F. H. Lomas — Recibimos por paquete \$ 4.00.

J. B. R. Mar del Plata — Por suscripción y donación, recibimos \$ 2.

A. A. C. Córdoba — Recibimos por suscripción 0.60.

M. C. Maciel — Por suscripción y donación \$ 1.

B. J. B. La Cumbre — Recibido por suscripción \$ 1.

M. F. Ciudad — Por suscripción recibido 0.80.

F. L. Liniers — Recibido por paquete, \$ 1.

F. R. Ciudad — Por paquete recibimos \$ 2.

L. L. Ciudad — Recibimos por paquete \$ 1.

M. D. Ciudad — Por suscripciones recibimos \$ 2.10.

A. D. Coronel Suarez — Recibido por paquete \$ 3.

F. S. Adrogué — Por paquete recibimos \$ 6.

N. J. Arequito — Recibido por suscripción 0.60.

L. R. I. White — Por suscripciones recibimos \$ 1.80.

M. I. Jujuy — Recibimos \$ 1.50, entregados por «La Protesta», por paquete.

R. B. Maldonado — Por intermedio de «La Protesta» recibimos 0.50.

J. R. Montevideo (Uruguay) — Por paquete \$ 3 remitidos a «La Protesta».

L. V. Mercedes — Recibimos por paquete y suscripción \$ 10.

P. S. Rosario — Recibido por paquete \$ 6.

C. N. P. Ciudad — Por paquete recibimos \$ 2.

R. A. Punta Alta — Recibimos por suscripciones \$ 2.

T. S. Azul — Por suscripciones recibido \$ 1.80.

A. P. Mendoza — Recibimos \$ 5; por paquete 4 y para «El Hombre» de Montevideo 1.

J. M. Salta — Recibimos por paquete \$ 1.40.

M. M. Tostado — Recibimos por paquete \$ 3.

F. D. I. La Plata — Recibimos \$ 26, distribuidos en la siguiente forma: Por paquetes de M. R. \$ 2, paquetes de J. C. \$ 22.90, suscripción y donación pesos 1.10.

— Pacheco — Recibimos giro \$ 40. De éstos, \$ 1 donación de E. G. Laguna Pativa; \$ 6 del Grupo Libertario de la misma localidad; \$ 3 de S. M. Bell Ville, por paquetes; y lo restante por suscripciones y venta de periódicos. Tomamos nota de todo.

P. A. C. Valparaíso, Chile — Recibimos giro francos 6. El artículo lo dimos al periódico que le indicábamos y no ha sido publicado todavía.

R. L. Stenbenville, Ohio, E. Unidos — Tomamos nota de 1 dólar remitido para nosotros a «Estudios». Enviamos desde número 3, ptes 1 y 2 no tenemos.

J. A. T. V. Santiago, Chile — Enviamos menos número 1, que no tenemos. La remisión puede hacerla por «La Batalla» de Valparaíso.

A. Z. Rio de Janeiro, Brasil — La remisión puede hacerla por «La Rebelión» de Rosario.